

Los diarios de José Ángel Valente como medio de aproximación a la experiencia creativa

Guillermo Aguirre Martínez

(guillermo-aguirre@hotmail.com)

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Resumen

El acto de creación constituye uno de los temas con más detenimiento explorados por José Ángel Valente, como observamos en un sinnúmero de poemas de naturaleza introspectiva o en sus sabrosos ensayos sobre la materia. Los diarios, por su parte, aportan un primer acercamiento a esta cuestión, permitiendo, además, seguir el hilo que aúna vida y obra.

Abstract

One of the issues more assiduously explored by José Ángel Valente is the act of creation. We can see it throughout a lot of introspective poems and essays concerning about this same subject. His diaries contribute to a first contact with this matter in addition to show the link between life and work.

Palabras clave

José Ángel Valente
Diarios
Acto de creación
Poesía

Key words

José Ángel Valente
Diaries
Act of creation
Poetry

AnMal Electrónica 33 (2012)
ISSN 1697-4239

LA VOZ DEL POETA, NATURAL FRUTO DEL ESPÍRITU

Como apoyo paralelo a cuanto Valente desarrolla tanto por medio de su creación lírica como a través de sus ensayos, los diarios se conforman como un excelente medio desde el que rastrear aquellos motivos conductores del fenómeno poético tal y como se van a presentar todavía al margen de su posterior elaboración formal. En consecuencia, aspectos relevantes de cara a la comprensión del proceso creativo se manifestarán en estos albores del hecho lírico a modo de esbozos, de huellas súbitamente interrumpidas o apagadas paulatinamente sin que apenas se logre descifrar nada de su esencia. Sin embargo, no siempre habrá de producirse tal

grado de oscuridad, por lo que en otras ocasiones resultará posible aprehender el hilo conductor de una de estas ideas, de modo que el entramado formado en su conjunto permita descifrar cuestiones de verdadero interés de cara al desciframiento de cuanto se proyecta a través de la obra lírica o ensayística de ese mismo creador.

En lo referente a la obra que nos concierne, una serie de aspectos referentes al camino por el que la palabra surge desde la interioridad del poeta hasta el mundo de la manifestación, será rastreado por José Ángel Valente tal y como podremos observar a través de sus diarios. De acuerdo con estos últimos, la voz del poeta se va a presentar como impulso o desarrollo natural que surgirá del pozo caótico del creador para, finalmente, adentrarse en un orden real de naturaleza sensible. En esta voz no habrá cabida para una elaboración racional presentada como imposición obstructiva de cuanto sólo requerirá un ejercicio de despojamiento lógico para llegar a nacer. El poeta, en consecuencia, habrá de retirarse de cara a permitir el libre surgimiento del verbo, comenzando su labor propiamente activa tan solo en el momento en que el material en bruto, aquella palabra recién engendrada, acontece ante el mundo. Sólo en ese instante el creador podrá comenzar a desarrollar su labor artesanal, puliendo y definiendo su material con el propósito de dotarlo de forma e individualidad.

En este sentido, los cuadernos personales de José Ángel Valente, cuyas páginas más interesantes han sido publicadas recientemente con el significativo título de *Diario anónimo (1959-2000)*, nos permitirán observar este torrente de ideas carentes aún de la elaboración requerida con vistas a su concreción a modo de realización poética o de ensayo. Resultará así posible un acercamiento a sus páginas de cara a observar ciertas reflexiones que, con tintes aforísticos, nos desvelarán claves elementales orientadas a una adecuada comprensión de la tarea del escritor. Desde esta perspectiva, y en relación con el problema alusivo a la naturaleza representativa de la obra de arte, van a resultar significativas las siguientes palabras tomadas de la entrada del 20 de mayo de 1977: «Reflexión sobre la materia de la música, que es reflexión sobre la materia total del mundo» (Valente 2011: 174). La escueta anotación, realizada en referencia a la última sonata para piano de Beethoven, nos aportará un concepto elemental de cara a la correcta intelección de su poética en la medida en que quedará asimilada la materia creativa, la materia del universo, no ya a un fenómeno tangible, sino a uno inaprensible, espiritual.

La esencia de la actividad artística será comprendida por el poeta de Orense como pura voluntad, como fuerza dionisiaca aún sin cristalizar, ajena a toda concreción material. Cuanto determinará la creación no será, por consiguiente, la representación de dicha energía impalpable, sino aquel interior comprendido a modo de protoforma, de fondo rítmico asimilable a aquella voluntad pura preconizada por Schopenhauer que, como «cosa en sí, es totalmente distinta de su fenómeno y está libre de todas las formas fenoménicas en los que ingresa al manifestarse» (2004: 165). Esta fuerza expansiva, proyección directa de un orden irracional o divino, según surja de los miasmas arquetípicos o de unas alturas propias del platónico mundo de las ideas, constituirá el elemento nuclear en torno al cual se concretizará la voz del poeta.

Frente a esta fuerza inmaterial presentada a modo de radiación o vibración, el mundo de formas tangibles se presentará como obstáculo de cara a la expansión de dicho son rítmico elemental. La palabra, en consecuencia, desde su presencia real y tangible, como materialización que es, no se observará ya como apertura hacia un mundo de verdades, sino como opaco marco que ocultará aquello que permanece guarecido en su interior, coincidente con su cualidad musical. Desde esta comprensión podemos entender el lenguaje poético como dinámico por naturaleza y, por ello mismo, enemigo de toda categoría racional, tal y como leemos en una breve indicación fechada en febrero de 1972: «la forma en su plenitud tiene que apuntar infinitamente hacia lo informe. La última significación de la forma es su nostalgia de disolución, de reinmersión en lo amorfo: *Être la matière!*» (Valente 2011: 150). Esta mística invertida toda vez que la aspiración última del verbo parece no apuntar a su volatilización en el seno de la divinidad, sino a su pronto retorno al magma informe de la materia, al dionisiaco pozo de donde surge la voluntad creadora que venimos comentando, se va a convertir en uno de los aspectos definitorios de la obra del gallego, tal y como resulta apreciable a través de poemarios como *Material memoria*, *Mandorla* o *Al dios del lugar*.

Como vamos observando, nos debatimos en un cosmos permanentemente dinámico, donde toda coagulación se disolverá al momento en el torrente caótico de lo protoformal, de lo absolutamente primigenio. Por todo ello, el poeta comprenderá el mundo de la representación no ya como espacio de liberación o exposición de una verdad, sino como orden real y racional —empleando la consabida identificación hegeliana—, como lugar entregado a la distinción categórica, a la separación de

cuanto el creador pretende mantener unido por medio del eros de su palabra. La llegada del verbo a un orden racional, al mercado de ilusiones donde el individuo se va a debatir entre lo espiritual y lo deshumanizado, se manifestará como sedimentación falsa de aquello que pugna por participar de un dinamismo inherente a su propia existencia, de manera que el poeta, movido por su deseo constante de renovación, de ablución de todo elemento espurio, se verá obligado a rechazar e incluso a abolir cuanto carezca de vida, cuanto muestre silenciada su naturaleza musical en tanto que haya sido apresada por nuestro orden racional especulativo.

El creador, necesitado por una parte de engendrar aquello que va naciendo constantemente en su interior, necesitado a su vez de presentar como nueva realidad su voz bajo un aspecto carnal, y obligado a superar ese estadio meramente material del verbo en pos de alcanzar un espacio espiritual, no podrá sino dar curso a una búsqueda infinita donde nada podrá sedimentar sin que el universo creativo quede velado, oscurecido. Esta problemática va a resultar especialmente observable a través de la anotación recogida el 21 de mayo de 1977, iniciada con la siguiente afirmación: «Plantear de otra manera el problema de *forma* y *contenido*. Palabra falta no tanto de contenido como de interioridad» (Valente 2011: 174). La palabra, según vemos, se presentará como membrana a través de la cual interioridad y exterioridad van a permanecer enfrentadas, quedando para el poeta la labor de tornar transparente dicha membrana en aras de manifestar a través de la representación su propia esencia interior.

En estos momentos, de modo paralelo a la consignada búsqueda de transparencia, surgirá un nuevo problema en tanto que la voz correrá el peligro de atentar contra su propia esencia al tratar de esquivar su necesaria representación. El conflicto va a ser expuesto desde la interrogación por el neomarxista Lefebvre, cuyos planteamientos van a resultar usuales en toda la obra de Valente:

¿Cómo vivir en nombre de una verdad que primero consistiría en el asesinato de las representaciones? Si las representaciones son abolidas, las únicas certezas que persisten son la muerte y la nada (Lefebvre 2006: 79),

comprendida como punto de encuentro entre la estética del poeta y un existencialismo que acompañará desde las profundidades el curso seguido por la obra del gallego. Éste, como vamos viendo, se va a debatir entre la necesidad de hablar y

la de callar, la de afirmar desde lo erróneo o la de eludir cuanto pugna por su individualización, por llegar a manifestarse, no quedándole otra opción que participar de una teología negativa similar al decir místico: el poeta no podrá afirmar sino negando.

Idéntica problemática será presentada en una nueva entrada, esta vez hallada en un comentario relativo a la ópera de Schoenberg *Moisés y Arón*, y anotado el 10 de junio de 1977 (Valente 2011: 175). En el mismo, se expondrá este conflicto que nos ocupa desde el conocido episodio bíblico en el que se muestra la oposición entre una religiosidad representativa y aquella otra orientada hacia el derrocamiento de toda simbolización. Valente, partícipe en su seno creativo de esa misma tensión, comprenderá la función del poeta desde la necesidad de liberar de dogmas y adhesiones falsas, desde la necesidad de reengendrar un lenguaje contaminado por el abuso interesado y falaz manifestado por medio del empleo comunicativo del verbo, de su uso no poético. Desde este mismo punto de vista, podremos acercarnos a las líneas escritas en el siguiente pasaje de agosto del año 69: «toda palabra poética ha de dejar al lenguaje en punto cero, en el punto de la indeterminación infinita, de la infinita libertad» (Valente 2011: 139). Este precepto, tan definitorio del pensamiento de Valente, podrá ser observado a través de la dialéctica entre un lenguaje de la desposesión y un lenguaje de la apropiación, en tanto que el primero de ambos, comprendido como elemento liberador, habrá de combatir el afán de dogmatizar, de encadenar verdades, propio del elemento impositivo, quedando el poeta como nexo de unión entre el uno y el otro en la medida en que requerirá del uso de ese mismo lenguaje para posteriormente abolirlo.

En este sentido, cabe acercarse a los diarios como medio de expresión no subordinado a las exigencias propias del lenguaje poético. A través de estos cuadernos personales, Valente expondrá problemas sin la necesidad acuciante de resolverlos. Evidentemente, la organicidad o coherencia lograda no va a resultar tan categórica como la expuesta a través de su obra lírica o incluso la manifestada a través de sus numerosos ensayos, pero a cambio obtendremos un texto comprendido a modo de guía de cuanto el autor irá tratando de desarrollar de modo paralelo en la totalidad de su obra creativa. Los diarios, por todo ello, serán manejados a modo de balsa sobre la que protegerse de las tempestades halladas a la hora de adentrarse en el lenguaje poético.

LA PALABRA VIVA. EL POETA COMO MEDIADOR

«La escritura es lo que queda en las arenas, húmedas y fulgurantes todavía, después de la retirada del mar. Resto, residuo o ejercicio primordial de no existencia o de no autoextinción» (2011: 255). Valente anota esta reflexión a comienzos de 1989, precisamente aquella época en la que comenzará a desarrollarse el curso último de su obra lírica. Frente a lo expuesto en las líneas anteriores, en este periodo observaremos una recuperación de la confianza en la corporeidad de la palabra aun a modo de ruina, de resto de aquello situado más allá de los límites del lenguaje. De este modo podemos observar cómo aquella voluntad irrepresentable, puramente musical, aludida al inicio de estas páginas, ajena a toda plasmación estética, pasará a dejar tras de su paso un poso de sí misma considerado como verdadera fuente de certeza. En este poso se podrá descifrar un valor absoluto que el poeta, en su radical depuración del verbo, del universo que va creando, habrá logrado conservar. No quedará, en consecuencia, el verbo al amparo de una nada, a modo de fugaz estrella llamada a perderse más allá de su representación, sino que su esencia, palpable también, será comprendida como forma real, como naturaleza verdadera de la esencia a comunicar.

Cuanto presente el poeta no será ya un mundo a imitación de aquel otro orden exterior, racional, sino un nuevo objeto, verdadero y real en tanto que su valor no ha sido usurpado por categorías lógicas. El escritor logrará así exponer las riquezas extraídas directamente del seno de su voluntad creadora, ascendiendo hacia la claridad una voz que va a brillar acrisolada toda vez que cuanto va a mostrar no es su propia identidad, sino el cuerpo rehecho de un absoluto que va a permanecer siempre lejano y distante de la propia voz. Transcribiendo las palabras de Nicolas de Cusa, indica Valente:

Nuestro ojo sabe que mientras vea algo, eso no es lo que busca: debe pues trascender la luz visible. [...] Cuando el ojo está en la tiniebla [...] sabe que ha llegado frente al sol (2011: 308-309).

La materialidad del fenómeno no encontrará en sí misma su valor, sino a través del reflejo de una idea objetiva a la que bastará con haberse acercado. Este hecho

resultará alentador para el poeta en la medida en que el lenguaje, pese a concretarse en una manifestación, en una representación, va a encontrar su valor en su potencia analógica, en su función simbólica. La palabra, en consecuencia, manifestará una doble naturaleza perceptible a través de su superficie pura y reflectante, de manera que junto a una corporeidad comprendida como cáscara vacía y sin sustancia, va a convivir un contenido expresado por medio de la voz pero no coincidente con ella, en tanto que su esencia es, como hemos podido observar, espiritual.

A través de este camino, José Ángel Valente llegará finalmente a una reconciliación entre la naturaleza material y la esencia espiritual de la palabra; acuerdo, como resulta esperable, recogido poéticamente en aquella última etapa de su trayectoria lírica, volcada sobre *Fragmentos de un libro futuro*, poemario donde se recogerán los textos líricos realizados por el gallego durante sus últimos diez años de vida. Será en las páginas del citado poemario donde se observen fragmentos aún esperanzados como los leídos en estos versos:

SÓLO la soledad resuena larga
igual que cola o viento.
Vienen
desde el vacío las palabras,
nos poseen desnudos en su centro abrasado
y en él nos desengendran
para hacernos nacer.
Escucha
cómo en la soledad despierta,
inaudible, la pura raíz del aire
(Valente 2011: 547).

La palabra, como resto palpable de un absoluto oculto, va a recuperar su sentido de ser, su necesidad de concretarse a modo de manifestación física, en este tramo último de su creación. La dualidad entre representación y abstracción se resolverá finalmente en revelación, en feliz encuentro entre diferentes órdenes al margen ya de toda necesidad de evitar la cristalización en un universo sensible. Desde esta confianza recuperada, el don del poeta, el verbo, alcanzará su objetivación última y su máximo esplendor en aquellos últimos versos que cierran el

conjunto de la obra lírica de Valente: «CIMA del canto. / el ruiseñor y tú / ya sois lo mismo» (2006: 582).

LA PALABRA COMO AFIRMACIÓN DEL UNIVERSO CREATIVO

Escribir es como la segregación de las resinas; no es acto, sino lenta formación natural. Musgo, humedad, arcillas, limo, depósitos, fenómenos del fondo, y no del sueño o de los sueños, sino de los barro oscuros donde las figuras de los sueños fermentan. Escribir no es hacer, sino aposentarse, estar (Valente 2011: 185).

Este pasaje, tomado de la página del diario correspondiente al 24 de mayo de 1979, será trasladado finalmente al poemario *Mandorla*, constituyendo un motivo central de aquella estética que el poeta trató de definir a lo largo de su trayectoria. Como podemos imaginar, no va a ser este el único caso en el que anotaciones realizadas en los diarios se transcriban en otros textos del autor, aspecto que permitirá establecer un paralelismo entre cada uno de los espacios de escritura manejados. Por consiguiente, nociones tan solo atravesadas sutilmente en el cuerpo de sus versos, afirmaciones semiveladas dado el carácter oracular, esquivo, desarrollado por su lírica, podrán iluminarse, quizás de modo menos profundo pero en ocasiones más certero, tomando como referencia las anotaciones íntimas del poeta, material en bruto donde van a ser expuestas sus diversas preocupaciones, entre ellas, como vamos observando, las concernientes a la actividad creativa.

De acuerdo con lo expuesto en estas páginas, el conflicto de una palabra que buscará trascender su propia manifestación, problema explorado de modo permanente en la totalidad de la obra del poeta, va a encontrar en los diarios un apoyo efectivo de cara a su resolución satisfactoria, en la medida en que, como medio de apoyo donde aposentar su fulgorosa escritura, en sus páginas desarrollará un empleo de la voz ajeno a las exigencias de su faceta lírica, permitiendo el hallazgo de aspectos rechazados o velados en esta última. En consecuencia, en la obra de Valente podremos observar la alternancia de diferentes niveles de lenguaje, según aquella se desarrolle en uno u otro marco creativo, siendo el motivo conductor que guía el curso de su pensamiento exactamente el mismo, pero no así el camino seguido por dicho pensamiento. Por todo ello, la naturaleza de la creación —sus fuentes, cauces y anhelos últimos— resultará palpable a través de unos cuadernos

personales que nos van a acercar al universo de su obra desde sus raíces íntimas, subjetivas, vitales, conformando una simbólica estela de cuanto en uno u otro momento habrá de consolidar a modo de fugaz astro, de luminoso poema.

«Para mí la palabra es transmisión de la voz y no, en absoluto, del pensamiento, de la intención» (Valente 2011: 252). La cita es de Marina Tsvetáieva y la transcribe José Ángel Valente en las páginas correspondientes al año 1988; en ella se expone de modo nítido el propósito fundamental de la voz lírica, una voz orientada a participar de la dinámica que le es inherente, despojada de toda pretensión lógica, comunicativa. Esta última quedará eclipsada por la luz poética o desviada hacia un modelo de escritura menos intensa, menos objetiva, pero sin lugar a dudas poseedora de una particular belleza dado que en su seno guarda ya aquel poso de verdad que el poema, con sus flujos y reflujos, arrastra hacia la orilla donde finalmente habrá de quedar. Las páginas de este *Diario anónimo*, ricas en revelaciones y jugosas en matices y exploraciones estéticas, posibilitan la comprensión de una serie de preocupaciones líricas presentadas por José Ángel Valente adentrándonos en el seno de un proceso creativo que a lo largo de este estudio hemos tratado de analizar.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- H. LEFEBVRE (2004), *La presencia y la ausencia*, México, FCE.
- A. SCHOPENHAUER (2004), *El mundo como voluntad y representación*, Madrid, Trotta, vol. I.
- J. Á. VALENTE (2006), *Obras completas 1. Poesía y prosa*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- J. Á. VALENTE (2011), *Diario anónimo (1959-2000)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.